

Mi experiencia del sínodo para la Amazonía¹

Víctor Codina, S. J.
Cristianisme i Justícia
Barcelona, España

Una de las consecuencias negativas de la pandemia del coronavirus ha sido que ha concentrado de tal modo la atención mundial, que ha puesto entre paréntesis y ha silenciado otros temas sociales y eclesiales como el sínodo de la Amazonía. Solo ahora, cuando parece que la pandemia comienza a decrecer, afloran otras cuestiones sociales y eclesiales candentes, como la importancia de la encíclica *Laudato si'*, a cinco años de su publicación en 2015.

En realidad, pandemia y ecología están estrechamente relacionadas, pues tanto científicos como pensadores humanistas reconocen que la actual pandemia es consecuencia del cambio climático y de la inmisericorde destrucción de la naturaleza por parte de nuestro modelo de sociedad consumista y tecnocrática.

En este sentido, retomar el sínodo de la Amazonía y la exhortación postsinodal *Querida Amazonía*, significa reconocer su conexión con la *Laudato si'* y, por tanto, su importancia de cara al cuidado de nuestra casa común. El sínodo amazónico es una concreción del cuidado de esta nuestra casa común. No es casual que la Amazonía sea ahora una de las mayores víctimas de esta pandemia letal y se tema un genocidio por omisión de los poderes públicos.

El haber participado del proceso sinodal como teólogo experto, me impulsa a comunicar mi experiencia. Imagino que fui propuesto como perito por haber estado viviendo y trabajando durante 36 años en Bolivia, un país con una amplia zona amazónica, la mayor después de Brasil. La Red Eclesial Panamazónica (Repam), presidida por los cardenales Claudio Hummes y Pedro Barreto, presentó una lista de teólogos y peritos, ligados a la Amazonía, para que colaborasen como expertos, nombrados por la Secretaría del sínodo. Me invitaron a participar a comienzos de 2019, cuando el *Instrumentum laboris* ya estaba en

1. Cfr. Cristianisme i Justícia, Colección virtual 20 (Barcelona, 2020).

gestación, bajo la coordinación y dirección teológica de Miguel Yáñez, S. J., profesor de la Universidad Gregoriana de Roma.

Viajé a Roma en tres ocasiones para participar en la elaboración del *Instrumentum laboris* y en un seminario interno sobre el celibato, en Monte Cucco. Luego, participé en el sínodo, que duró tres semanas. El 25 de septiembre de 2019, recibí una carta del cardenal Lorenzo Baldisseri, secretario general del sínodo, en la cual me comunicaba oficialmente que el papa Francisco me había nombrado experto.

Pienso que mi misión no acabó con el sínodo de la Amazonía, sino que se prolonga más allá, en contribuir a comunicar lo que allí experimentamos para que el sínodo sea ampliamente recibido por la Iglesia y la sociedad.

1. ¿Qué ha sido el sínodo de la Amazonía?

1.1. Un poco de geografía e historia

La Amazonía es una amplia zona geográfica suramericana de 7 millones de kilómetros cuadrados, que forma parte de nueve países —Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela, Brasil, Guyana, Surinam y Guyana Francesa— y está habitada por 35 millones de personas, de las cuales unos 3 millones son indígenas, campesinos, ribereños, afro-descendientes, colonos, gente que vive en centros urbanos, pueblos indígenas no contactados y en aislamiento voluntario (PIAV), que hablan más de 120 lenguas diferentes.

Es uno de los lugares más bellos y ricos del planeta. Su bioma de flora y fauna es abundante. Posee uno de los mayores caudales de agua dulce y vegetación selvática, lo cual contribuye al equilibrio climático de América y del mundo. Por tanto, su deterioro afecta gravemente a toda la tierra y a la humanidad. No obstante, la Amazonía está amenazada como nunca por los intereses económicos de las grandes empresas multinacionales y por los gobiernos.

Desde el punto de vista eclesial, la Amazonía constituye un grave desafío pastoral por las grandes distancias, la falta de ministros ordenados y la pluralidad de lenguas, entre otros aspectos.

En 2014 se constituyó la Repam, liderada por los cardenales Claudio Hummes y Pedro Barreto, con la ayuda valiosa del laico Mauricio López, para coordinar la problemática social y pastoral amazónica. La problemática amazónica, un tanto lejana de la argentina, llegó a Francisco desde diversos frentes: Aparecida (2007) la menciona expresamente y el cardenal Hummes se la presentó a Francisco en diversas ocasiones. Finalmente, el 15 de octubre de

2017, el papa convocó a un sínodo especial sobre la Amazonía, cuyo lema sería “Amazonía, nuevos caminos para la Iglesia y para una ecología integral”.

No era esta la primera vez que un sínodo sobre una región concreta se reunía en Roma. Antes había habido otros sínodos dedicados a Europa, Estados Unidos, África, Asia y Oriente Medio. Sin embargo, es la primera vez que se convoca a un sínodo sobre una región geográfica multinacional de enorme extensión y gran pluralismo cultural, cuya vida está en riesgo. A diferencia de otros sínodos, centrados en temas eclesiales —obispos, catequesis, laicos, eucaristía, vida religiosa, familia—, el horizonte del sínodo amazónico era más amplio, planetario y ecológico, e iba más allá de los límites confesionales cristianos.

En un viaje a Perú, el 19 de enero de 2018, Francisco se reunió con indígenas amazónicos, en Puerto Maldonado, y ante la sorpresa de todos, les dijo que no había venido a hablarles, sino a escucharlos: “Y he querido venir a visitarlos y escucharlos, para estar juntos en el corazón de la Iglesia, unirnos a sus desafíos y con ustedes reafirmar una opción sincera por la defensa de la vida, defensa de la tierra y defensa de las culturas”.

A partir de esta reunión en Puerto Maldonado, la Repam organizó una amplia consulta y pasó una encuesta a los pueblos amazónicos para conocer sus problemas y sus deseos, tanto de cara a la sociedad como a la Iglesia. Fue un trabajo improbable, en el cual participaron unas veinte mil personas, se consultaron unos 120 pueblos indígenas diferentes y se sostuvieron unas 290 reuniones. Se elaboró un mapa de la Amazonía, identificando los problemas y las dificultades de cada país. A los teólogos y expertos nos entregaron un resumen de cien páginas, donde aparecía recogida la voz de los indígenas.

¿Cuáles son las constantes líneas de fondo de esta encuesta? En primer lugar, los pueblos indígenas manifiestan con dolor la situación que viven, de amenaza constante de su territorio, de su identidad y de su vida. Las agresiones de las grandes empresas multinacionales y de las compañías extractivistas, mineras, petroleras, forestales, agroindustriales, destruyen su hábitat, contaminan su tierra y los ríos, y ponen en peligro sus vidas. Muchos deben abandonar la selva y trasladarse a las riberas de los ríos; otros huyen y emigran a ciudades como Manaus o Leticia, donde viven dispersos y perdidos en la periferia urbana, sin trabajo, víctimas de redes que esclavizan a las mujeres para prostituirse, donde los hombres caen en el narcotráfico y donde el índice de suicidios de jóvenes e indígenas no para de crecer.

Los líderes que denuncian estos atropellos son amenazados. Algunos han sido asesinados: Chico Mendes, Jósimo Tavares, Clausa Rody, Simó Bororo.

Misioneros que alzaron su voz en defensa de los indígenas, como Rudolf Lunkenbein, Mons. Alexandre Labaqa, Inés Arango, Vicente Cañas y Dorothy Stang, han sido también asesinados. Una indígena decía que las multinacionales están cortando las venas de nuestra madre tierra, que se desangra lentamente. Es una nueva actualización de *Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano.

El agradecimiento de los grupos cristianos a la Iglesia es acompañado de quejas y peticiones. Agradecen lo mucho que la Iglesia ha hecho en los ámbitos de la evangelización, la educación, la salud, la formación y el acompañamiento pastoral de ministros y religiosas, pero lamentan el pasado de pastoral colonialista y vertical. Por eso, piden que la presencia de los ministros no sea simplemente de visita, sino de cercanía y de permanencia, así como también que los misioneros conozcan sus lenguas y culturas.

En este sentido, solicitan ministros autóctonos, hombres maduros designados por las comunidades, ya con familia propia, que puedan ser ordenados para la celebración de los sacramentos y dirección de las comunidades; también piden el diaconado femenino, ya que, de hecho, las mujeres dirigen la pastoral. Asimismo, solicitan la creación de seminarios propios para formar indígenas, así como universidades indígenas.

Por su parte, ofrecen a la Iglesia y a la humanidad una sabiduría ancestral y milenaria, anterior al cristianismo, que se concreta en el paradigma del “vivir bien”, es decir, en una vida en armonía con la comunidad, con la naturaleza y con la Divinidad. Ellos saben cuidar de la tierra y saben aprovechar sus frutos como remedios para las enfermedades. Asimismo, ofrecen al mundo moderno depredador e injusto, un modo alternativo de vivir y de cuidar la tierra.

2. El proceso sinodal

2.1. El *Instrumentum laboris* (Documento de trabajo)

A partir de esta amplia consulta, la secretaría general del sínodo, junto con algunos obispos y teólogos expertos, elaboramos el *Instrumentum laboris* o Documento de trabajo, que se publicó oficialmente el 17 de junio de 2019 y se entregó a todos los obispos del sínodo. En sus intervenciones en el aula sinodal, los obispos se referían a los números de dicho documento.

El *Instrumentum laboris* consta de tres partes:

- Parte I. La voz de la Amazonía. La Amazonía como fuente de vida y revelación de Dios. Es una introducción teológica sobre la Amazonía como signo

de los tiempos y *kairós*, que llama a la Iglesia a defender la vida amenazada y a construir una Iglesia con rostro amazónico y misionero.

- Parte II. La ecología integral: el clamor de la tierra y de los pobres. Es una amplia presentación sociológica de los graves problemas actuales de la Amazonía: la destrucción extractivista, que afecta a los diferentes pueblos amazónicos, el drama de la migración y la urbanización, la problemática sobre la familia, la comunidad, la salud, la educación y, finalmente, la exigencia de una conversión ecológica e integral en la región.
- Parte III. Desafíos y esperanza de una Iglesia samaritana. Es la sección pastoral del documento, que aborda los temas de la inculturación y la interculturalidad, la evangelización de las culturas, la necesidad de una liturgia inculturada, la organización de las comunidades —donde se aborda el tema de los nuevos ministerios—, los desafíos de la evangelización de las ciudades, los nuevos movimientos religiosos y ecuménicos, el desafío de los medios de comunicación, el papel profético de la Iglesia y la promoción humana integral.

El *Instrumentum laboris* fue el resultado de un largo trabajo de la secretaría general del sínodo, de algunos obispos invitados, de los expertos en ámbitos sociales y teológicos, y de algunos indígenas amazónicos. Es un trabajo serio, profundo, maduro, equilibrado y realista, que recoge y asume la voz de la consulta a los indígenas y presenta su desafiante problemática a los miembros del sínodo para alimentar la reflexión y el discernimiento.

A pesar de ello, las reacciones sesgadas de los sectores conservadores de la Iglesia y de los medios de comunicación no se hicieron esperar. Miembros conservadores de la jerarquía eclesial criticaron el documento como herético, idolátrico, panteísta, estúpido, mitificación de los indígenas, negación de la necesidad de la salvación de Cristo, defensa de la ecología biodegradable y promoción de un regreso a la época cavernaria, al arco y las flechas. Los medios de comunicación, por su lado, silenciaron las referencias ecológicas y se concentraron en los dos temas eclesiales candentes: la ordenación de hombres casados, los llamados *virī probati*, y el diaconado femenino.

2.2. El desarrollo del sínodo

El sínodo amazónico se celebró en Roma, entre el 6 y el 27 de octubre de 2019, con la asistencia de 184 obispos —clérigos de la curia vaticana, de la Amazonía e invitados especiales—, representantes de la vida consagrada, 55 oyentes —entre ellos, 35 mujeres y 17 indígenas—, 25 expertos en teología y en temas científicos, varios delegados de otras iglesias y algunos invitados especiales del mundo de la política, la ciencia y las entidades de apoyo.

Además, un conjunto de organizaciones amazónicas, teológicas y sociales, que constituyeron el grupo llamado “Casa común”, acompañó el desarrollo del sínodo desde fuera e intervino en algunos momentos del proceso sinodal.

Al día siguiente de la inauguración solemne en la basílica de San Pedro, tuvo lugar una procesión inaugural, desde dicha basílica hasta el Aula Pablo VI, donde tuvo lugar el sínodo. La secretaría general del sínodo aceptó la presencia de los grupos de apoyo como Casa común con sus símbolos y sus cantos. La procesión avanzó en un bello desorden: indígenas, muchos emplumados y con pinturas rojas, cargaban una barca y redes, mientras cantaban rítmicamente: “Echemos las redes en el agua profunda”, y se entremezclaban alegremente con los obispos y los padres sinodales, algunos un tanto turbados, mientras el papa Francisco sonreía feliz. La prensa crítica dijo que más que procesión, aquello parecía el carnaval de Río de Janeiro.

Casa común organizó un viacrucis, desde el Castel Sant’Angelo hasta el Vaticano, con las imágenes de los mártires amazónicos. Y al finalizar el sínodo, colaboró en el llamado segundo pacto de las catacumbas, en referencia al primer pacto de las catacumbas de Santa Domitila (1965), que algunos obispos firmaron, al final del concilio Vaticano II. En este segundo pacto, cardenales, obispos, teólogos y teólogas, religiosos y religiosas, laicos e indígenas se comprometieron a defender a los pueblos indígenas, a construir una Iglesia amazónica y a promover la ecología integral.

Después de escuchar largamente los aportes de los obispos, de los invitados especiales y de los indígenas, grupos lingüísticos diversos, integrados por obispos, expertos y algunos representantes indígenas, elaboraron el *Documento final* del sínodo. Participé en uno de los grupos en español, formado mayormente por obispos amazónicos de Bolivia, Ecuador y Perú, y colaboré en los trabajos junto con el teólogo argentino Carlos María Galli. Las propuestas que cada grupo presentó al plenario sirvieron de base para el *Documento final*.

2.3. El *Documento final*

El documento consta de cinco capítulos, articulados desde la perspectiva de la promoción de nuevos caminos para la conversión: la conversión integral, la conversión pastoral, la conversión cultural, la conversión ecológica y la conversión sinodal.

La conversión integral supone escuchar el clamor de la tierra, el de los pobres y el de los pueblos de la Amazonía; escuchar los gemidos del Espíritu, que nos anime a comprometernos por la casa común.

La conversión pastoral impulsa crear una Iglesia en salida y misionera, una Iglesia samaritana, misericordiosa y solidaria. Una Iglesia en diálogo ecuménico, interreligioso e intercultural, y con rostro joven. Una Iglesia que recorra nuevos caminos en la pastoral urbana, con equipos itinerantes, que pase de una pastoral de visita a una pastoral de presencia y que integre todos los carismas, las instituciones, las congregaciones, a religiosos y religiosas, así como a laicos y laicas.

La conversión cultural pide estar presente y respetar los valores pluriculturales de los pueblos amazónicos, viviendo y practicando la inculturación y la interculturalidad, y defendiendo sus derechos. Esto tiene consecuencias para asumir la piedad popular, para elaborar una teología inculturada y para la salud, la educación y la comunicación.

La conversión ecológica busca concretar las enseñanzas de la *Laudato si'* en la Amazonía, enfrentándose a la explotación ilimitada de la casa común y de sus habitantes. Esto implica buscar nuevos caminos para un desarrollo justo, solidario y sostenible, y para cultivar la dimensión socio-ambiental de la evangelización, de modo que se pueda avanzar hacia una Iglesia pobre, con los pobres y para los pobres, desde las periferias vulnerables. Asimismo, propone definir el pecado ecológico como acción u omisión contra Dios, el prójimo, la comunidad y el ambiente, un pecado contra las futuras generaciones, manifiesto en actos y hábitos de contaminación y destrucción de la armonía del medio ambiente (82).

La conversión sinodal invita al pueblo de Dios a caminar bajo la guía del Espíritu, lo cual implica nuevos ministerios eclesiales, con presencia activa del laicado, y diversos ministerios laicales para hombres y mujeres; una vida consagrada profética, inserta en los pueblos indígenas más vulnerables y alejados, y cercana a ellos. La Iglesia amazónica busca ampliar la presencia femenina en la comunidad eclesial, ya que, en las consultas realizadas en el espacio amazónico, aparece la solicitud del diaconado femenino y de participar en la comisión creada por el papa sobre este tema para compartir sus experiencias (103). Urge, asimismo, la promoción, la formación y el apoyo del diaconado permanente para la Iglesia amazónica. Dada la importancia de la eucaristía como fuente y cumbre de la comunión eclesial, el derecho de la comunidad a la celebración eucarística y la dificultad de muchas comunidades para acceder a ella, por falta de ministros y por las grandes distancias, se solicita que, aunque se aprecia el celibato como don de Dios, se establezcan criterios para ordenar sacerdotes “a hombres idóneos y reconocidos por la comunidad, que tengan un diaconado permanente fecundo y reciban una formación adecuada al presbiterado, pudiendo tener familia legítimamente constituida y estable”, para sostener la vida cristiana de la comunidad eclesial (111).

Asimismo, se solicita un organismo episcopal que renueve la sinodalidad entre las iglesias de la región, que contribuya a delinear el rostro amazónico de esta Iglesia y que busque nuevos caminos para la evangelización amazónica (115). Y se pide también que el nuevo organismo de la Iglesia en la Amazonía estudie la posibilidad de elaborar un rito amazónico, a semejanza de los veintitrés diversos ritos que existen en las iglesias católicas orientales (116-119).

El *Documento final* concluye con una invocación a María, Madre de la Amazonía, para que la vida plena que Jesús trajo al mundo llegue a todos, especialmente a los pobres, y pueda darse una presencia eclesial con rostro amazónico y salida misionera (120).

Los 120 párrafos fueron aprobados por una mayoría de dos tercios, incluida la ordenación de hombres casados y la petición del diaconado femenino. El papa Francisco quiso que se publicasen los resultados de todas las votaciones.

El *Documento final* fue entregado al papa para que, como en otros sínodos, pudiera escribir la exhortación apostólica postsinodal. El texto, junto con los discursos de inauguración y de clausura del papa, fue publicado en noviembre de 2019 (BAC, *Documentos*, Madrid, 2019).

2.4. Las intervenciones del papa Francisco en el sínodo

El sínodo fue presidido por el papa Francisco, quien asistió a todas las sesiones. Escuchó en silencio, tomó notas y, de vez en cuando, tomó la palabra para hacer algún comentario.

Uno de los comentarios que más impactó, incluso desconcertó, expresado después de algunos días de trabajo sinodal, fue que faltaba un “desborde”, con lo cual quiso decir que no se podían poner remiendos nuevos en un vestido viejo. En los diversos grupos lingüísticos discutimos sobre el sentido de ese “desborde”. Parecía que el papa quería algo más radical, no meros apaños y respuestas parciales. Ya en el discurso inaugural había afirmado que el Espíritu era el protagonista principal del sínodo. Y en el discurso de clausura, criticó a ciertas élites católicas que querían ir a la “cosita” y se olvidaban de las “grandes”. A continuación, citó un texto de Péguy: “Porque no tienen el coraje de estar con el mundo, creen estar con Dios. Porque no tienen el coraje de comprometerse en las opciones de vida del hombre, creen luchar por Dios. Porque no aman a ninguno, creen amar a Dios”.

En otras ocasiones, el papa hizo comentarios puntuales sobre diversos temas: la violencia contra la mujer y su preocupación por sacerdotes jóvenes demasiado estrictos en lo exterior, lo cual puede esconder problemas personales más

de fondo. También compartió su preocupación por los religiosos y sacerdotes jóvenes que se quedaban en las ciudades, ya que no deseaban ir a lugares de la misión amazónica, y por la formación sacerdotal en los seminarios, demasiado separados del mundo real. Sobre el tema del diaconado femenino, afirmó que renovarían la comisión teológica para su estudio, que comprendía la insatisfacción de las mujeres y que “recogía el guante”.

En los momentos de descanso, a media mañana y a media tarde, se podía saludar al papa.

Yo había conocido al jesuita Jorge Mario Bergoglio en Alcalá de Henares (Madrid), donde hizo la llamada tercera probación, el último año de la formación jesuítica. Participé en ese curso con unas charlas sobre la vida religiosa, las cuales, al parecer, le gustaron, porque luego me invitó a darlas en Argentina. En julio de 1971, fui a Buenos Aires. Bergoglio me esperó en el aeropuerto y me organizó conferencias en Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe. Volví a saludar al papa Francisco en su visita a Bolivia, en 2015. Cuando lo saludé en el sínodo, exclamó riendo: “¿Todavía vivís?”, pero seguidamente me dijo que había leído un artículo mío sobre los opositores a su pontificado.

3. La exhortación apostólica postsinodal *Querida Amazonía*

El 12 de febrero de 2020, en medio de una gran expectativa mediática, se presentó la exhortación apostólica postsinodal de Francisco, *Querida Amazonía*. Se esperaba que el papa se pronunciase a favor de la ordenación de hombres casados y del diaconado femenino.

Pero la expectativa pronto se convirtió en una desilusión para muchos. Los medios de comunicación afirmaron que el papa, presionado por los grupos eclesíásticos conservadores y por miedo a un cisma eclesial, había cerrado la puerta, al prohibir tanto la ordenación de hombres casados como el diaconado femenino.

¿Es eso cierto? ¿Se reduce *Querida Amazonía* a estos temas eclesíásticos internos? ¿No dice nada de la ecología? ¿Es casual este silencio mediático sobre los temas ecológicos?

El papa Francisco siempre desconcierta. Se esperaba una exhortación postsinodal de tipo jurídico-canónico, que tomara postura ante los interrogantes eclesiales abiertos por el sínodo, pero nos presenta una carta de amor apasionado a la Amazonía (3, 26, 55, 63), con un bello y poético texto de cuatro sueños: un sueño social (1-27), un sueño cultural (28-31), un sueño ecológico (32-46)

y un sueño eclesial (47-77). *Querida Amazonía* está entrelazada con numerosas poesías y cantos de autores cercanos a la Amazonía.

Quizás el núm. 7 pueda servir como una primera síntesis:

Sueño con una Amazonía que luche por los derechos de los más pobres, de los pueblos originarios, de los últimos, donde su voz sea escuchada y su dignidad sea promovida.

Sueño con una Amazonía que preserve esa riqueza cultural que la destaca, donde brilla de modos tan diversos la belleza humana.

Sueño con una Amazonía que custodie celosamente la abrumadora hermosura natural que la engalana, la vida desbordante de sus ríos y sus selvas.

Sueño con comunidades cristianas capaces de entregarse y encargarse en la Amazonía, hasta el punto de regalar a la Iglesia nuevos rostros con rasgos amazónicos.

Estos sueños constituyen un género literario y teológico especial. No son como los sueños bíblicos nocturnos, en los cuales Dios se dirige a algunos personajes —patriarcas, profetas, José, Pablo...—, sino sueños diurnos, como los de Joel (Jl 3,1) y Pedro en pentecostés (Hch 2,14-17), sueños de la utopía del reino, sueños de la acción desbordante y misteriosa del Espíritu, sueños que van más allá de los límites eclesiales y se abren al mundo para anunciar la vida, para liberar de toda esclavitud y para llamar a la conversión.

Los tres primeros sueños —el social, el cultural y el ecológico— exponen la belleza de la creación, que se manifiesta en la Amazonía: los ríos, la selva, la riqueza de su fauna y su flora, la variedad de su riqueza cultural y religiosa, la sabiduría de sus habitantes, que nos enseñan a vivir bien, en armonía con la comunidad, la tierra y Dios:

Amazonas
capital de las sílabas del agua,
padre patriarca, eres
la eternidad secreta
de las fecundaciones, te caen ríos como aves...
(44, nota 54).

Se trata de contemplar la Amazonía, como los pueblos originarios, reconocer su misterio, no solo analizarla, sino amarla, no solo utilizarla, sino sentirnos unidos a ella, para que vuelva a ser nuestra, como una madre (55).

Pero esta belleza está amenazada:

Son muchos los árboles
 donde habitó la tortura
 y vastos los bosques
 comprados con mil muertes
 (9, nota 3).

Hay textos de gran crudeza, por ejemplo, de la época del caucho en la Amazonía venezolana: a los indígenas no les pagaban el salario en dinero, sino con mercancía y cara; más de veinte pueblos fueron arrasados; a las mujeres las violaron y les amputaron los pechos; a los hombres les cortaron los dedos de las manos o las muñecas para que no pudieran navegar (15, nota 12).

La explotación inmisericorde del territorio continúa en la actualidad, así como también la migración de sus habitantes, la contaminación del río y la selva, las amenazas de muerte. Ante esta situación, Francisco lanza un grito profético: el clamor de los pobres y de la tierra llega al cielo (9); es una injusticia y un crimen, un nuevo tipo de colonialismo (14); es necesario indignarse como lo hizo Jesús (15); no hay que llamar a los indígenas “salvajes incivilizados” (29); abusar de la naturaleza es abusar del Creador, hipotecando el futuro (42): “La tierra tiene sangre y se está desangrando, las multinacionales le han cortado las venas a nuestra Madre Tierra” (42, nota 52). El grito de la Amazonía es como el grito del pueblo de Dios en Egipto (52).

Únicamente después de estos tres sueños comienza el sueño eclesial, dirigido a pastores y fieles católicos (61-110). El sueño recoge gran parte del *Documento final* y agrega la necesidad de potenciar las comunidades de base, de equipos itinerantes en las zonas fronterizas y de enviar misioneros por parte de los obispos, sobre todo, los latinoamericanos; el reconocimiento del gran papel misionero de la mujer y de la vida consagrada inculturada; la valoración de la mujer, no por su funcionalidad, sino por su aporte femenino a la Iglesia; y la promoción del diálogo ecuménico y con las religiones autóctonas, con sus simbolismo, mitos e imágenes.

No obstante, la exhortación postsinodal no se pronuncia sobre los dos temas más conflictivos: la ordenación de indígenas casados y el diaconado femenino.

¿Causas de este silencio? El papa Francisco advierte al comienzo de *Querida Amazonía* que no quiere elaborar un documento nuevo, ni sustituir, ni comentar el *Documento final* del sínodo, sino ayudar a una recepción creativa del camino sinodal (2) y, en consecuencia, invita a leerlo detenidamente (3). Esto significa que acepta el *Documento final* aprobado y, por tanto, también todo lo que se aprobó mayoritariamente sobre ambos temas. El papa no abre nuevas puertas,

pero tampoco cierra ninguna. Es falso afirmar que prohíbe el sacerdocio de hombres casados y el diaconado femenino, porque *Querida Amazonía* no dice una palabra al respecto.

Francisco no quiere resolver desde arriba una cuestión que necesita discernimiento, dentro de una eclesiología de la sinodalidad, centrada en el diálogo y el discernimiento común, ya que lo que afecta a todos debe ser discernido entre todos. Así, evita el conservadurismo de quienes desean que nada cambie y el progresismo ideológico de quienes ni siquiera se interesan por los indígenas, sino que quieren aprovechar la ocasión para promocionar sus ideas. El papa Francisco prefiere resolver los conflictos a un nivel superior, que mantenga las polaridades, y buscar una salida por desborde, abiertos al Espíritu (104).

Si hubiera aprobado estos dos conflictivos temas eclesiales, el horizonte ecológico del sínodo habría pasado totalmente inadvertido o desaparecido de la opinión pública.

La nota 120 del *Documento final* recuerda que el sínodo, como hemos visto, aprobó proponer un rito amazónico (116-117). Y un nuevo rito supone no solo la inculturación litúrgica, sino también la inculturación de las estructuras ministeriales, tal como sucede en los veintitrés ritos diferentes de la Iglesia oriental católica, algunos de los cuales admiten ministros casados. Esto posibilitaría que la eucaristía pudiera animar siempre la vida de las comunidades amazónicas. Esta nota puede abrir incluso caminos de futuro, al igual que la nota 351 de la *Amoris laetitia* abrió la posibilidad para la reconciliación y la comunión de los divorciados y vueltos a casar.

La exhortación postsinodal no aporta novedades teológicas a la *Laudato si'*, pero actualiza cuatro principios de la *Evangelii gaudium*: el tiempo es superior al espacio, la unidad prevalece sobre el conflicto, la realidad es más importante que la idea y el todo es superior a las partes (EG 222-237).

En definitiva, *Querida Amazonía* es fiel al principio ignaciano de la “Anotación segunda” de los *Ejercicios espirituales*, “porque no el mucho saber harta y satisface al alma, sino el sentir y gustar las cosas internamente”. Teóricamente, nada ha cambiado, pero, en realidad, todo es nuevo. La novedad y la riqueza de *Querida Amazonía* nacen de la dimensión experiencial y espiritual del proceso sinodal, que desbordó las expectativas. La exhortación postsinodal es fruto de la novedad siempre insospechada del Espíritu, que actúa desde abajo, desde la periferia, desde los pobres y los descartados, desde la Amazonía y sus pueblos.

Querida Amazonía termina con una oración a María, Madre de la Amazonía, para que se muestre madre de las creaturas, en la belleza de las flores, de los ríos, del gran río que la atraviesa y de todo lo que vibra en sus selvas, para que cuide con cariño esta explosión de hermosura, para que mire a los pobres de la Amazonía, porque su hogar ha sido destruido por intereses mezquinos, para que toque la sensibilidad de los poderosos y para que, aunque ya es tarde, se salve lo que todavía vive (*QA* 111).

4. La conferencia eclesial de la Amazonía

El 29 de junio de 2020, el papa constituyó oficialmente no un organismo episcopal, ni una conferencia episcopal amazónica, sino la Conferencia eclesial de la Amazonía. Es el primer fruto eclesial del sínodo. Recordemos que el *Documento final* pedía una Iglesia samaritana, profética, misionera, defensora de la vida en todas sus dimensiones, que buscara nuevos caminos de evangelización y de inserción pastoral (107-114). Asimismo, una de las propuestas aprobadas es la constitución de un organismo episcopal para la región amazónica (115), que discierna y ejecute las decisiones sinodales. La Conferencia eclesial de la Amazonía es fruto de un largo proceso de acercamiento, de escuchar el clamor de los pueblos y de la tierra, de la sangre de muchos mártires y del testimonio de misioneros, de mujeres y de laicos. La novedad radica en que no se trata de una conferencia episcopal, sino de una Conferencia eclesial de la Amazonía, en colaboración con el Consejo Episcopal Latinoamericano (Celam), pero con autonomía propia.

La Conferencia eclesial de la Amazonía está presidida por el cardenal Claudio Hummes y forman parte de ella no solo los obispos representantes de las siete conferencias episcopales de los países amazónicos, los representantes de la Red eclesial amazónica (Repam) y de Cáritas, sino también laicos de la Iglesia de la Amazonía. Por un lado, Liliana Franco, presidenta de la Conferencia Latinoamericana de Religiosas y Religiosos (CLAR), en representación de la vida consagrada, y, por otro, aún más significativo, tres miembros de los pueblos originarios amazónicos: Patricia Gualinga, la hermana Laura Vicuña y Delio Siticonantzi. Así, la voz de la periferia llega al centro, como ya aconteció en el sínodo.

Corresponderá a esta Conferencia eclesial de la Amazonía, un grupo eclesial mixto, representativo y permanente, implementar las propuestas aprobadas en el sínodo. Por ejemplo, elaborar el rito amazónico, que tenga en cuenta no solo la inculturación litúrgica, sino también la teológica y la ministerial (116-119; *LG* 23)

Indudablemente, la nueva Conferencia eclesial de la Amazonía tratará también los dos temas candentes del sínodo: la ordenación de hombres casados (111) y el diaconado femenino (103). Ambos fueron aprobados por mayoría en el sínodo y fueron objeto de la atención exclusiva de los medios de comunicación. Sin embargo, el papa Francisco, en la exhortación apostólica postsinodal *Querida Amazonía*, no se pronunció sobre ellos, quizás a la espera de un discernimiento eclesial más amplio.

La creación de esta conferencia es un paso muy significativo, ya que, por una parte, reafirma la realidad de la Iglesia local y, por otra, desborda los límites de las conferencias episcopales y se abre a toda la Iglesia. Algunos expertos, como Carlos María Galli, José Antonio de Almeida y Mauricio López, observan que dicha conferencia no es un simple remiendo en un vestido viejo, sino un camino nuevo, en la línea de la sinodalidad eclesial y de nuevas formas de ser Iglesia regional, en un clima de colaboración y comunión eclesial del pueblo de Dios, que en el bautismo ha recibido el Espíritu. Es un *kairós*, un tiempo de gracia.

Sinodalidad significa Iglesia que camina en unidad hacia el reino, donde todos tenemos voz propia y nos escuchamos, donde lo que afecta a todos, ha de ser tratado por todos. La comunión en el Espíritu es principio permanente de vida sinodal. El papa, por su parte, da mucha importancia a la sinodalidad eclesial, por ser lo que Dios espera de la Iglesia en el tercer milenio. En la *Episcopalis communio*, profundiza en esta forma de ser Iglesia, la cual será tratada por el próximo sínodo universal. Asimismo, el papa habla de una Iglesia en salida, poliédrica y organizada como una pirámide invertida, en la cual el pueblo de Dios constituye la cúspide y el episcopado y el papa, la base. Francisco no desea una Iglesia donde las decisiones sean tomadas desde arriba, de manera autoritaria y vertical, sino una que discierna comunitariamente el camino de lo que el Señor nos pide hoy. La sinodalidad es lo más opuesto al clericalismo patriarcal predominante.

La Conferencia eclesial de la Amazonía y su apertura a la sinodalidad ponen en práctica la teología del pueblo de Dios del concilio Vaticano II. Es un pueblo que ha recibido la unción del Espíritu, en el bautismo, y que posee el sentido de la fe y connatural a los misterios de la vida cristiana (LG 21). De ahí la importancia de que, para buscar los nuevos caminos de la Iglesia de la Amazonía, se consulte no solo a los obispos y al clero, sino también a la Iglesia, esto es, a la vida religiosa, al laicado y, sobre todo, a los indígenas originarios del lugar, que son los que mejor conocen su realidad y a quienes, por ser pobres y sencillos, el Padre ha revelado los misterios del reino. Hay que ser contemplativos de la Palabra, pero también contemplativos del pueblo (EG 154).

No sabemos si la Conferencia eclesial de la Amazonía será una experiencia piloto y un banco de prueba, que se pueda ampliar luego a otras iglesias, pero lo que sí podemos afirmar es que es una buena noticia, con sabor a evangelio y a Espíritu, que siempre nos sorprende por su constante creatividad divina (*EG* 11), y que todo lo renueva desde abajo y de forma silenciosa, como los hilos de agua que lentamente forman los ríos que afluyen en el gran Amazonas.

5. Las claves teológicas del sínodo

El sínodo de la Amazonía, tal como hemos visto, es singular, importante y conflictivo. Singular, porque aborda un tema universal —la ecología integral—, pero desde un lugar geográfico concreto. Importante, porque resume el magisterio del papa Francisco —*Evangelii gaudium*, *Laudato si'* y *Episcopalis communio*— y porque, según algunos, constituye el punto álgido de su pontificado. Conflictivo, porque critica a los organismos financieros, económicos y políticos que explotan y destruyen la Amazonía, y al poder del clericalismo eclesial.

Las reacciones contrarias al sínodo y al *Instrumentum laboris* no se hicieron esperar. Organizaciones políticas y eclesiásticas han puesto de manifiesto su oposición. Es comprensible que el sínodo sea conflictivo, que se intente acallarlo y que muchos medios de comunicación quieran reducirlo a la cuestión del celibato eclesiástico, un tema que siempre despierta un interés morboso.

Ofrecemos a continuación siete claves teológicas fundamentales para iluminar la complejidad del sínodo. Las claves están estrechamente relacionadas, tanto que se superponen.

5.1. La vida: el tema central

El título del sínodo, *Amazonía, nuevos caminos para la Iglesia y para una ecología integral*, puede generar cierta perplejidad, dada la pluralidad de los temas implicados. El tema central es la vida: la vida del territorio amazónico y la de sus pueblos, la vida de la Iglesia y la del planeta (*IL* 8). La vida es un tema profundamente bíblico. Dios Padre es el creador de la vida, Jesús ha venido para darnos vida en plenitud (Jn 10,10) y el Espíritu Santo es vivificador, Señor y dador de vida.

El tema del sínodo forma parte integrante de la misión eclesial de todos los tiempos, esto es, prolongar la misión de Jesús, quien pasó por el mundo haciendo el bien y liberando de toda amenaza de muerte (Hch 10,38). Jesús anunció un reino de vida, envió a sus discípulos a dar vida y a liberar del mal.

Entregó amorosamente su vida para que tengamos vida, liberándonos del pecado y de la muerte. Él es la resurrección y la vida (Jn 11,25) y tiene las llaves del reino de la muerte (Ap 1,18).

Esta vida es integral, incluye la vida del planeta, la vida humana material, cultural y espiritual de los pueblos amazónicos y la vida plena de las comunidades eclesiales amazónicas. Es la vida, que comienza por lo más elemental y material (*bios*) y por lo humano (*psyche*). Es vida plena, salvífica y divina, comunicada por el Espíritu del Señor resucitado (*zoe*) (IL 11). Corresponde, entonces, a la Iglesia anunciar y defender la vida, denunciar todas las amenazas de muerte y luchar por la vida.

Así, pues, tan unilateral y sesgado es reducir el sínodo al cambio climático, como a la ordenación de varones indígenas casados, al mismo tiempo que se silencia su dimensión ecológica integral.

5.2. La metodología de ver y escuchar

La metodología del sínodo no es la de la *Lumen gentium*, que parte de la Trinidad (LG 1-4), sino la de la *Gaudium et spes*, cuyo punto de partida es la realidad (GS 1-10). El origen de esta metodología se encuentra en los movimientos europeos de la Juventud Obrera Católica (JOC). América Latina asumió el método de ver, juzgar y actuar en Medellín y luego también en Puebla y en Aparecida —Santo Domingo es la excepción. En ese mismo sentido, el papa Francisco, por su lado, ha advertido que la realidad es más importante que la idea (EG 231-233).

No obstante, la novedad del sínodo consiste en agregar al ver el escuchar. De esa manera, evita el riesgo de caer en la frialdad sociológica, objetiva, pero distante. Escuchar implica pasar de ser un mero agente a ser un receptor y paciente. Escuchar es dejarse impactar por la realidad humana, por el clamor del pueblo, al igual que Yahvé, que escucha el clamor del pueblo explotado en Egipto que sube al cielo (Ex 3,7-10). Y al igual que Jesús, que siente que las entrañas se le conmueven ante el sufrimiento de un pueblo que deambula como rebaño sin pastor (Mc 6,34). Escuchar es el talante necesario para un juzgar y un actuar compasivos ante el dolor ajeno.

La actitud de escuchar pertenece intrínsecamente a la sinodalidad de la Iglesia que camina en comunidad, que dialoga con todos y que presta atención a todos. Esta Iglesia sabe que el Espíritu del Señor ha sido derramado sobre la humanidad y que el pueblo de Dios lo ha recibido en los sacramentos de iniciación, y le confiere el sentido profundo de la fe (LG 12). Por esto, en Puerto

Maldonado (Perú), el papa prefirió escuchar a los indígenas antes que dirigirles su palabra.

Añadamos que, en el caso de la Amazonía, no se trata solo de escuchar al pueblo, sino de escuchar a un pueblo pobre, que forma parte de los privilegiados bíblicos, a quienes les han sido revelados los misterios del reino de Dios (Lc 10,21-22). Esto explica el interés del sínodo por escuchar, que se concretó en la amplia consulta de la Repam a los pueblos amazónicos para conocer sus inquietudes, sus problemas y sus esperanzas. A esto se suma la fuerte interpelación de las voces amazónicas durante el sínodo. No solo de los obispos de la Amazonía, sino, sobre todo, de los indígenas.

Anitalia Claxi Pijachi Kuyuedo, indígena colombiana, le dijo al papa y a los obispos que leyeran el evangelio del juicio final de Mateo 25. Yésica Pattiachi Tayori, indígena peruana, reconoce que el papa está con ellos, pero le advierte que se encuentra solo y necesita, por tanto, que los otros obispos le ayuden a remar. César Leónidas Licuy Grefa, indígena ecuatoriano, pide ayuda, pues muchos hermanos suyos son asesinados. Enrique Matareco Pofueco, indígena boliviano, que apenas puede leer su texto en español, acaba cantando en su lengua moxeña, ante el aplauso general de todos. Varias religiosas, que trabajan en la Amazonía, enfatizan la trascendencia de su trabajo pastoral, ya que, ante la ausencia de ministros ordenados, ellas bautizan, celebran la Palabra, casan, asisten a los enfermos, sepultan a los difuntos e incluso “confiesan” a los penitentes y les imparten una bendición.

La calidez y la valentía de los testimonios amazónicos contrastan con la frialdad abstracta y teórica de los aportes de otros participantes del sínodo.

5.3. La actitud profética ante la vida amenazada

La lectura de los aportes de las comunidades indígenas revela un constante clamor ante la destrucción de su hábitat por las multinacionales, lo cual pone en peligro su vida. Las estructuras de la muerte, basadas en el paradigma tecnocrático, y motivadas por el afán de lucro de grupos financieros, económicos y políticos, amenazan la vida. Estas comunidades no solo temen por la integridad de su territorio, sino también por su identidad humana, cultural y espiritual. La tierra no es un lugar o un objeto, sino un sujeto: la Madre Tierra, a la que las corporaciones multinacionales cortan sus venas y desangran. Nunca antes el pueblo amazónico había estado tan amenazado como ahora. La Iglesia no puede callar ante esta situación. Por eso, denuncia proféticamente las injusticias que afectan a la Amazonía y, con ella, a todo el planeta. El silencio la haría cómplice de la muerte, un pecado de omisión.

El sínodo exige una conversión ecológica, como el papa Francisco ya reclamaba en la *Laudato si'* (LS 216-221).

No obstante, el sínodo no es agresivo, razón por la cual debiera ser recibido positivamente, como una llamada al diálogo y a la conversión ecológica de las partes implicadas, como ayuda para superar las dificultades y buscar un nuevo orden mundial, y como una invitación a cuidar del planeta, a unir los esfuerzos de quienes desean preservar “nuestra casa común” y a asumir un futuro mejor, basado en una ecología integral.

Los trágicos incendios forestales en la Amazonía y la pandemia actual, en la que miles de indígenas se han contagiado sin disponer de asistencia sanitaria adecuada y, por tanto, están en peligro grave de padecer un genocidio, evidencian la vulnerabilidad de la región, la tragedia de sus habitantes y el riesgo que corre el planeta. El sínodo de la Amazonía reviste, pues, una actualidad providencial.

5.4. La eclesiología de la Iglesia local: una Iglesia amazónica

La Iglesia que nace en Jerusalén es local y universal. Más tarde, la Iglesia universal se configura como comunión de iglesias locales, bajo la presidencia en la caridad del obispo de Roma. Las iglesias locales no forman parte de la Iglesia universal, sino que constituyen una porción de ella. En ellas y a partir de ellas, se constituye la Iglesia una y católica (LG 23). El concilio Vaticano II reconoce el valor de las iglesias locales, su identidad cultural e histórica, y su diversidad litúrgica y canónica como riqueza de la Iglesia universal (LG 23; SC 37-40, 65; AG 22). La Iglesia es un pueblo de Dios con muchos rostros (EG 115, 121).

El sínodo ha escuchado la voz de las comunidades cristianas amazónicas, recogida en la amplia encuesta. Estas agradecen, por un lado, los 500 años de evangelización de la Iglesia misionera, que las fundó y las ha formado, a lo largo de los siglos, y solicitan que las siga ayudando con la creación de centros de formación y también que las defienda de las agresiones de las multinacionales. Por otro lado, las comunidades lamentan la pervivencia de la orientación colonial y vertical de la misión. Una misión que se caracteriza por estar poco inculturada, por ser poco dialogante y por ofrecer una pastoral más de visita que de presencia estable. En consecuencia, piden que los misioneros conozcan la lengua y la cultura de los pueblos y que adopten una visión más positiva sobre la capacidad de los indígenas para liderar la comunidad cristiana, en las diversas formas de misión y de ministerios, pues ellos mejor que nadie conocen a su gente y saben cómo acompañarla y dirigirla. En resumen, una Iglesia local madura ha de contar con ministros autóctonos.

Las comunidades solicitan, por tanto, esta clase de ministros. Hombres maduros con familia, que, designados por ellas, puedan ser ordenados para celebrar los sacramentos y dirigir a la comunidad. Asimismo, solicitan el diaconado femenino, ya que, de hecho, las mujeres dirigen la pastoral. De ahí la necesidad y la legitimidad de hablar de una Iglesia con rostro amazónico, una Iglesia que responda a las demandas e inquietudes de los pueblos amazónicos, que busque la mejor manera de defender su vida y de anunciar el evangelio de la salvación de forma inculturada, en diálogo con su cultura, su espiritualidad y su identidad histórica. Una identidad que va más allá de las fronteras geográficas y políticas de los pueblos. Una Iglesia con rostro amazónico es una Iglesia samaritana, profética, nazarena, misionera y defensora de la vida en todas sus dimensiones, que busca nuevos caminos para la evangelización y la inserción pastoral (*IL* 107-114). De ahí que se pida la constitución de un organismo episcopal regional postsinodal para la región amazónica (*IL* 115), que discierna y ponga en marcha las propuestas sinodales.

El fruto de esta reflexión ha sido la creación no de una conferencia episcopal amazónica, sino de la Conferencia eclesial de la Amazonía.

5.5. Aportes de la Amazonía al mundo y a la Iglesia

Es injusto considerar la Amazonía solo como un conjunto de pueblos pobres, necesitados de defensa y protección. Son pueblos diferentes, “otros”, con gran riqueza humana, cultural y espiritual, y con una sabiduría milenaria y ancestral, anterior al cristianismo.

Así como Juan Diego ofreció rosas en pleno invierno al obispo Juan de Zumárraga, la Amazonía ofrece la riqueza de sus flores a los obispos reunidos en el sínodo, a la Iglesia y a la humanidad: la hermosura de su exuberante naturaleza y de sus ríos, el paradigma del “vivir bien” y la búsqueda de “la tierra sin males” como opción fundamental, es decir, una vida en armonía con la naturaleza, con la comunidad y con Dios; una espiritualidad integral, que incluya el sentido de la celebración y la fiesta; una sabiduría tradicional para cuidar de la tierra, la salud y los remedios para las enfermedades; y un concepto de desarrollo y progreso muy distinto a la idea prevaleciente del progreso tecnocrático, que acumula bienes en pocas manos, al mismo tiempo que destruye la naturaleza.

En un momento de crisis ecológica, humanitaria y sanitaria, cuando la pandemia de covid-19 sacude la estructura globalizada occidental, la Amazonía ofrece alternativas, no para renegar de los avances positivos del progreso, sino para aprender de sus pueblos a sentirnos parte de la naturaleza, donde todo está conectado y merece respeto. Así, podremos evitar el caos de un posible desastre

ecológico del planeta. No podemos hipotecar el futuro de las nuevas generaciones con el desastroso y destructor concepto del llamado progreso moderno.

La valoración positiva de los pueblos amazónicos no debe conducir a la ingenuidad idealista del mito del *bon sauvage*, ni a cerrar los ojos a las deficiencias y errores que afectan a toda cultura humana, ni a negar la necesidad de la gracia y la salvación de Cristo. Aunque el discernimiento es necesario siempre, el Espíritu del Señor llegó antes que los misioneros a la Amazonía, aun cuando muchos de ellos no lo reconocieran.

5.6. La eucaristía y la Iglesia

La eucaristía aparece después de haber hablado de la necesidad de defender la Amazonía de las amenazas que la destruyen. Sin justicia, no hay eucaristía, no sería la cena del Señor (1 Cor 11). Antes de presentar la ofrenda, es necesario reconciliarse con los hermanos (Mt 5,23-24). Por eso, no deja de ser sospechoso que algunos sectores reduzcan el sínodo a la cuestión del ministerio de hombres casados y al diaconado femenino.

La afirmación de Henri de Lubac, que resume la tradición patristica, “la eucaristía hace la Iglesia, la Iglesia hace la eucaristía”, recogida por Juan Pablo II, en *Ecclesia de eucharistia*, muestra la centralidad de esta en la vida cristiana. En esa misma línea, el Vaticano II declara que la eucaristía es fuente y cumbre de toda vida cristiana (SC 10; PO 5). Es necesario, pues, profundizar en la importancia vital y eclesial de la eucaristía. Sin ella, la Iglesia languidece y muere.

La vida en abundancia que Jesús ofrece (Jn 10,10) no es solo el pan material con el cual alimenta al pueblo hambriento, razón por la que este, entusiasmado, lo quiere nombrar rey, sino el pan de vida de su cuerpo y su sangre, entregados por la vida del mundo (Jn 6). La eucaristía posee una dimensión personal, comunitaria, eclesial y social, pero también cósmica, pues en ella, la creación, pan y vino, se transfiguran, hacen presente al Señor resucitado y anticipan la escatología de los nuevos cielos y la nueva tierra del reino. Por ello, no se puede privar a las comunidades de la eucaristía durante años enteros, ya sea por la falta de ministros, ya sea por las grandes distancias. Se corre el riesgo de que esas comunidades devengan en comunidades evangélicas de la Palabra o simplemente desaparezcan. Es urgente, por tanto, dotarlas de ministros ordenados para evangelizar, servir y celebrar los sacramentos, sobre todo, la eucaristía.

La consulta a los pueblos amazónicos es clara: piden la ordenación de aquellas personas que la comunidad juzgue aptas para el ministerio, célibes o

casadas, no solo ancianas. Las comunidades las deben elegir y proponer a sus ministros.

El celibato es un gran don y el carisma que el Espíritu concede a algunos cristianos. Dados sus grandes beneficios, es comprensible que la Iglesia latina lo exija a los candidatos al ministerio presbiteral. Pero una ley eclesiástica como el celibato obligatorio del ministerio presbiteral no puede ser antepuesta al derecho divino a la eucaristía. Esto equivaldría a convertir la ley del celibato en una ideología, como lo pudo ser la circuncisión para los cristianos venidos de la gentilidad.

Cabe recordar que el celibato no era exigido en la Iglesia primitiva. No fue obligatorio en la Iglesia latina hasta el siglo XIII. Tampoco es obligatorio en las diferentes iglesias católicas orientales. En cualquier caso, la dispensa canónica de una ley eclesiástica en casos concretos siempre es posible, tal como sucedió cuando Pío XII y Benedicto XVI ordenaron pastores luteranos y anglicanos casados, que deseaban formar parte de la Iglesia católica.

Asimismo, es necesario discutir la conveniencia del diaconado de las mujeres, tal como se pide en la consulta, pues ello daría a la Iglesia un nuevo rostro femenino y reconocería litúrgicamente el servicio que prestan en sus comunidades. Más allá de las diferentes opiniones teológicas de si hubo o no diaconado femenino sacramental en el pasado, el papa tiene poder para instaurarlo por razones de orden pastoral. También habría que discernir si no es posible adecuar la materia y la forma de los sacramentos, *salva eorum substantia*, al contexto amazónico, donde el pan de trigo y el vino de uva no son frutos de su tierra. En la liturgia bautismal, es seguramente mucho más expresiva la inmersión en el río que la mera infusión de agua. Todo lo anterior, más el cierre de los templos durante meses por causa de la pandemia del coronavirus, nos lleva a completar el adagio patristico “la eucaristía hace la Iglesia” con su contraparte, “la Iglesia hace la eucaristía”, es decir, sin comunidad de fe, la eucaristía no tiene sentido, porque se convierte en un rito mágico.

Quizás muchos piensen que este cierre de los templos es solo un paréntesis pastoral y que pronto se volverá a la situación de anterior. Otros afirman claramente que este es un tiempo favorable y de gracia, un *kairós*, un signo de los tiempos, a través del cual Dios nos quiere revelar algo. ¿Qué quiere decirnos Dios? El Espíritu nos invita a pasar de una Iglesia sacramentalista y clerical a una Iglesia evangelizadora. La primera se identifica tanto con los siete sacramentos, que corre el riesgo de considerar al clero como el protagonista de la Iglesia y al templo como su centro referencial o propio, mientras margina a los laicos, descuida la evangelización, el anuncio de la Palabra, la iniciación en la fe, la oración y la formación cristiana, y no construye comunidad cris-

tiana, ni un laicado de ciudadanos responsables y solidarios con los pobres y los marginados.

En cambio, la Iglesia evangelizadora hace lo mismo que Jesús hizo. Ante todo, anuncia la buena nueva del reino de Dios, predica, cura a los enfermos, come con los pecadores, da de comer a los hambrientos y libera de toda opresión y esclavitud. Este es el programa que Jesús anuncia en la sinagoga de Nazaret: dar vista a los ciegos, liberar a los cautivos, evangelizar a los pobres y anunciar la gracia y la misericordia de Dios (Lc 4,16-22).

Ciertamente, en la última cena, Jesús instituyó la eucaristía como pan de vida eterna. Sin embargo, el evangelio de Juan sitúa la última cena en el lavatorio de los pies y el mandamiento del amor fraterno (Jn 13,1-20), completando así la dimensión litúrgica con la existencial, lo cual evita que la eucaristía se convierta en un rito vacío. No se trata de minusvalorar u olvidar los sacramentos, sino de valorarlos como “signos sensibles y eficaces de la gracia”. Pero siempre a la luz de la fe y la Palabra, para que no se conviertan en magia y pasividad. Por eso, la celebración sacramental está precedida por la celebración de la Palabra. El concilio Vaticano II afirma que la misión primera de los obispos y los presbíteros consiste en anunciar la Palabra de Dios.

“La Iglesia hace la eucaristía” significa que la comunidad, presidida por sus pastores, es la que celebra la eucaristía, ya que sin el tejido de una comunidad eclesial no habría eucaristía. Teológicamente, en los sacramentos hay que unir la dimensión subjetiva y personal de la conversión y la fe (*ex opere operantis*), con la dimensión objetiva de la gracia (*ex opere operato*).

El cardenal Jorge Mario Bergoglio, en el cónclave que lo eligió obispo de Roma, hizo una interpretación original de Apocalipsis 3,20, donde se lee que el Señor llama a la puerta para que le abramos. Generalmente, ese texto se interpreta como un llamado del Señor para que le abramos la puerta y así poder entrar a nuestra casa y cenar con nosotros. Pero Bergoglio dijo que lo que el Señor nos pide ahora es que le abramos la puerta y lo dejemos salir a la calle. Por eso, el papa Francisco habla de “una Iglesia en salida”, hacia las fronteras, y de hospital de campaña; de una Iglesia que huele a oveja, que encuentre a Cristo en las heridas del pueblo y que cuide de nuestra casa común; de una Iglesia que calleje la fe como María, que fue a toda prisa a visitar a su prima Isabel.

No se trata de convertir a la Iglesia en una organización no gubernamental o en una obra meramente social, pues la eucaristía, memorial de la muerte y resurrección de Jesús, es la cumbre de la vida cristiana. A esta cumbre solo se llega por el camino de la fe y del seguimiento de Jesús. Desde esta perspectiva, se puede comprender por qué el papa Francisco, en *Querida Amazonia*, antes

de descender a la dimensión de los ministerios ordenados, prefiere fortalecer el tejido eclesial de la comunidad amazónica con una fuerte presencia del pueblo de Dios. Esta comunidad es la que deberá discernir la necesidad de ministros autóctonos ordenados y proponer soluciones concretas.

5.7. El Espíritu del Señor actúa desde los últimos

Esta última clave es seguramente la más importante para la comprensión profunda de las claves anteriores. El punto de partida es la creencia del pueblo de Dios de que el Espíritu del Señor, que llena el universo, es quien lo conduce (GS 11). Por tanto, la Iglesia y, en especial, los pastores y los teólogos, han de auscultar, discernir e interpretar, con la ayuda del mismo Espíritu, las múltiples voces de nuestro tiempo. Así comprenderán los planes de Dios y, de ese modo, percibirán mejor la Verdad revelada (GS 44).

Se trata de la teología de los signos de los tiempos, formulada por Juan XXIII, en la *Pacem in terris*, y profundizada por el Vaticano II, en la *Gaudium et spes*. El Señor está presente, actúa y se manifiesta en la historia humana, a través de los acontecimientos y los deseos profundos de la humanidad. La historia humana no es homogénea, sino que hay momentos estelares, tiempos de gracia, *kairós*, que llaman a la conversión al reino de Dios. Son lugares teológicos privilegiados para captar y profundizar la única revelación de Jesucristo.

A ello se agrega la actuación del Espíritu, que dirige la historia, por lo general, desde abajo, desde los últimos (*eschatoi*). Así aparece con mayor claridad que la historia no es dirigida hacia el reino por la sabiduría y el poder humano, sino por el Espíritu, que aletea desde el comienzo, en el caos originario de la creación (Gn 1,2). Él suscita jueces y profetas, en las crisis del pueblo de Israel; ilumina a la madre de los Macabeos con la fe en la resurrección durante el martirio de sus hijos (2 Mc 7,22-23); hace que las mujeres estériles conciban hijos (Gn 11,30; 25,21; 29,31; Lc 1,7.27) y que una virgen engendre a Jesús (Lc 1,35); derrama sus dones sobre el Mesías (Is 11,1-9); guía la vida y la obra de Jesús y lo resucita de entre los muertos. El Espíritu creador y vivificador actúa desde abajo, desde los últimos, para el bien de todos. Por eso, los pobres ocupan un lugar privilegiado en el pueblo de Dios (EG 197-201).

Este Espíritu presente en el *de profundis* de la historia, que se manifiesta a través de los últimos, los pobres, los marginados y los descartados, es el que ahora clama, a través de los pueblos amazónicos, pidiendo justicia para su tierra, libertad para vivir su identidad y su cultura, y respeto para su territorio, la Madre Tierra. Al grito de los pobres se une el grito de la tierra. El Espíritu del Señor clama a través de ellos y el Señor nos invita a abandonar los caminos de muerte y a la conversión a la ecología integral. De esa forma, la Iglesia empen-

derá nuevos caminos de reforma comunitaria, ministerial, litúrgica, teológica, evangelizadora y misionera. Entonces, adquirirá rostro amazónico y, a través de la Amazonía, se abrirá paso la reforma de la Iglesia universal.

6. Epílogo narrativo

Un grupo de indígenas llevó al sínodo dos estatuas de madera, que representaban a dos mujeres embarazadas. Las dos esculturas mostraban en los vientres de las mujeres la gestación de un nuevo hijo. Las imágenes representaban la vida, la fecundidad, la tierra madre y la mujer portadora de vida.

Unos cristianos ultraconservadores, creyendo que se trataba de ídolos, las robaron y las lanzaron al río Tíber. Los *carabinieri* las sacaron del agua y las devolvieron a sus dueños. El papa, como obispo de Roma, pidió perdón públicamente a los indígenas por el robo y pidió que las imágenes fueran llevadas al aula sinodal. De esa manera, las dos esculturas fueron colocadas en la mesa de la presidencia sinodal, junto a las imágenes de los mártires amazónicos. En esa ocasión, el papa citó un texto de Charles Péguy, que antes hemos mencionado.

Más allá de la anécdota histórica, se puede hacer una lectura simbólica del lanzamiento de las imágenes al Tíber. La Amazonía llegó al Tíber y desde el Tíber llegó a todo el mundo. Roma se ha “amazonizado” y el clamor de los pueblos amazónicos se escucha ahora en todo el mundo.

Eso ha sido el sínodo, la llegada del Amazonas al Tíber y desde el Tíber a todo el mundo. El papa Francisco pidió el desborde del sínodo y el sínodo se desbordó. En medio de tensiones y a pesar de nuestras limitaciones, el Espíritu fue el actor principal del sínodo. El Espíritu creador es el único capaz de renovar la faz de la tierra.